

## COMIENZOS FRANCESES

**Jorge Edwards**

Jorge Edwards rememora en este artículo tanto las circunstancias en que conoció a Mario Vargas Llosa en la primavera de 1962 en París, como sus posteriores encuentros y conversaciones. Se refiere aquí al joven Mario y a sus preferencias literarias; a porqué éste admiraba a Flaubert, por ejemplo, y no así a Dostoievski. También recuerda la pasión que sentía por *Residencia en la tierra*, de Neruda, y su conocimiento de poetas como Rubén Darío y Francisco de Quevedo entre muchos otros, que el joven escritor peruano citaba además de memoria. De su personalidad intelectual, Jorge Edwards se refiere a los dos rasgos que a él siempre más le impresionaron de Vargas Llosa: su originalidad e independencia de pensamiento, y su extraordinaria capacidad de lectura y entusiasmo con los libros, lo que —a juicio de Edwards—, sólo se puede afirmar de poca gente y muy pocos escritores.

---

JORGE EDWARDS (Santiago, 1931). Miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua. Premio Nacional de Literatura (1999) y Premio Cervantes de Literatura (1999). Sus novelas más recientes son *La casa de Dostoievsky* (Planeta, 2008), *El inútil de la familia* (Alfaguara, 2004) y *El sueño de la historia* (Tusquets, 2000). Actualmente es embajador de Chile en Francia. [Jedwardsv@entelchile.net](mailto:Jedwardsv@entelchile.net).

Llegué a París con toda la familia, en compañía de la abnegada Anita Riquelme, chillaneja que se quedaría en París por el resto de su vida, en los primeros días de mayo de 1962, hace muy poco menos de medio siglo, en posesión de un flamante nombramiento de canciller del Servicio Exterior en la embajada de Chile en Francia y en la embajada en formación en Bruselas ante las Comunidades Europeas. Me recibíó mayo frío, siempre nublado, ventoso, y un París en que estaba de moda el estructuralismo en la teoría literaria y la novela del “nouveau roman”: autores y pensadores como Alain Robbe-Grillet, Nathalie Sarraute, Claude Simon, Roland Barthes, Michel Foucault. Jean Supervielle, hijo del poeta Jules Supervielle, miembro de la ilustre cofradía de los poetas franceses del Uruguay, y su mujer chilena, Beatriz, fueron nuestros primeros guías y primeros introductores en la vida de París. Al cabo de un par de meses, Jean me invitó a participar en un programa que formaba parte de las transmisiones de la radio francesa en lengua española: la literatura al día o algún otro título no más imaginativo. Para animarme a ir a la radio, me habló de Carlos Semprún Maura, hermano de Jorge; de un señor Eltit, de origen marroquí; del imprevisible y movedido Ricardo Paseyro, y de un joven peruano que, según Jean, era excesivamente sistemático, pero que lo leía todo. Me entregó un libro para que lo llevara leído al programa, no sé si *La celosía*, de Robbe-Grillet, y llegué ya de noche a los estudios de la ORTF, que se encontraban entonces en la rue François Premier. Los miembros de la tertulia desmenuzamos el libro sin demasiado entusiasmo, con evidente distancia frente a la estética minuciosa del “nouveau roman”, cobramos nuestro cheque de cincuenta francos nuevos de la época, y nos fuimos después al café de la esquina. Tuve la inmediata impresión de que el programa, la parte interesante de la discusión, comenzaba ahí, cuando los micrófonos ya se habían cerrado. Por algún motivo, salió a relucir el tema de la novela rusa y de Tolstoi y Dostoievski. El joven peruano, a quien ya me habían presentado como Mario Vargas Llosa y que era todavía un perfecto desconocido, hizo una apasionada defensa de León Tolstoi. Dostoievski le parecía un autor demasiado subjetivista, un narrador de sus demonios personales, de sus fantasmas particulares, no de grandes bloques de realidad objetiva, externa, en los que la construcción del autor se colocaba en franca oposición a la creación divina. Era una teoría arriesgada, y me saqué la chaqueta, me recogí las mangas de la camisa y me puse a escuchar con suma atención, con un punto de incredulidad, con bastante sorpresa, por

momentos con entusiasmo. Era una teoría, la de Vargas Llosa, de lector apasionado, de artista que devoraba la obra ajena y la fagocitaba. Carlos Sempérn, a todo esto, lanzaba a la mesa con fuerza sus argumentos a favor de Dostoievski, el de *Crimen y castigo*, el de *Los endemoniados*, y me parece que inicié, por mi parte, una más bien tímida defensa de ambos autores, de Tolstoi y de Dostoievski, en una muestra quizá de hibridismo, de espíritu de conciliación, algo que por aquellos años era más bien mirado en menos.

Hubo en ese final de primavera muchos programas, lecturas de novelas que nos abrumaban, apasionadas discusiones después de que los micrófonos se habían cerrado. Vargas Llosa recurrió a detallados argumentos para explicarnos su preferencia por las novelas de caballería, en especial por *Tirante el blanco*, del valenciano Joannot Martorell, en desmedro del *Quijote*, novela que reflejaba de algún modo, en alguna parte, en alguna vuelta del espíritu bromista del autor, la tara del subjetivismo desvergonzado. Al joven Mario le interesaba la novela como sólida arquitectura, no como corriente musical más o menos deshuesada; como sustitución y oposición a la realidad real, no como sombra del humo en un espejo, para citar a nuestro inevitable Augusto D'Halmar. Marcel Proust, en consecuencia, no era santo de su especial devoción, y la prosa de Gustave Flaubert alcanzaba para él, en cambio, la consistencia del mármol. Recuerdo que leí un ejemplar de Ediciones Garnier de propiedad suya de *La educación sentimental*, y ahora, con la mala conciencia del que no devuelve los libros, he vuelto a encontrar en mis estanterías ese volumen amarillento, desencuadernado, profusamente subrayado y anotado en los márgenes, con observaciones de Vargas Llosa y algunas que son mías. “Hay hombres, escribe Flaubert, y Vargas Llosa subraya, que son como puentes. Uno atraviesa por ellos y más tarde los olvida.” Escribo lejos de mi biblioteca, pero extraer las citas, los subrayados, los comentarios, las exclamaciones provocadas por esa lectura, podría producir un ensayo válido por sí mismo.

El joven Vargas Llosa era un lector extraordinario, de memoria privilegiada, que le sacaba el meollo a los libros y pasaba de inmediato a otro tema. Recordar sus lecturas de entonces —algunas de ellas, por lo menos—, podría convertirse en un ejercicio interesante. Ya había leído a Flaubert entero, a Honorato de Balzac, a Alejandro Dumas. También había leído con delirante entusiasmo, con exclamaciones que se repetían, que rebotaban en las calles desiertas, las novelas principa-

les de William Faulkner. El tema de Faulkner era una de sus pasiones notorias, y ahora me parece que influía en la composición de sus textos, en los saltos temporales, en los conatos de monólogo interior, en las inserciones no anunciadas de la memoria. Había una continua presencia del pasado en el presente, incluso de varios pasados, y la visión de los personajes tendía a ser un mosaico polifónico. Por eso mismo, en sus primeras novelas ya se movían masas de personajes contra escenarios abigarrados, exóticos, diferentes.

Sólo he anotado en forma rápida algunas lecturas del primer Vargas Llosa. No recuerdo de aquellos años el interés por el ensayismo político, ni, desde luego, por el ensayismo liberal —el de Karl Popper, el de Isaiah Berlin, entre otros—, que vino años más tarde. Ya era un apasionado de los relatos de Juan Carlos Onetti y empezaba a conocer la obra de Jorge Luis Borges y de Julio Cortázar. Supongo que había leído en Madrid a Pío Baroja, a Pérez Galdós, a Ramón Pérez de Ayala y Camilo José Cela. Y eran años en que descubríamos, gracias a traducciones de la editorial Seix Barral, la obra del brasileño Guimarães Rosa. Me gustaría agregar algún detalle sobre las lecturas de Mario de poesía. Creo que leí alguna vez un poema suyo en ediciones escasas e ilustradas, pero la memoria no me permite afirmar nada, ni a favor ni en contra. He leído páginas escritas en verso de Vargas Llosa en alguna época y en alguna parte (quizá en Colombia), y lo digo sólo para dar fe, no para otra cosa. Pues bien, el Mario de nuestros primeros años en París, que a veces me daba la impresión de estar recién llegado de Madrid, que hablaba de un Perú casi fantasmal, de una Lima onírica, era un lector apasionado de *Residencia en la tierra*, de Pablo Neruda. Conocía poemas de memoria o casi de memoria, como *Entrada en la madera*, *Barcarola*, *Tango del viudo* (“Maligna, ya habrás hallado la carta, / ya me habrás llamado perro e hijo de perra...”). De las prosas intercaladas en las dos partes del libro, era capaz de citar algunos párrafos a gritos: “Niña de pie pequeño y gran cigarro, hija del rey...”. También citaba con fruición, con intenso placer, con ojos encendidos, los comienzos de algunos cuentos de Borges. Era amante de *Trilce* y de *Poemas humanos* de César Vallejo, y a veces citaba con entusiasmo *Piedra de sol*, de Octavio Paz. Conocía bien a Jean-Arthur Rimbaud y a Charles Baudelaire, sin duda, pero a veces daba una sorpresa: citaba, por ejemplo, de memoria, en largas tiradas, a Rubén Darío, o a don Francisco de Quevedo. No recuerdo, en cambio, haberle notado el menor entusiasmo por poetas

de la generación española de 1927, por Vicente Huidobro, por argentinos y colombianos modernos. Conocía bien, en cambio, a peruanos de diferentes épocas y estilos, desde José María Eguren hasta Martín Adán, César Moro, Emilio Adolfo Westphalen. Entre los contemporáneos, admiraba a Carlos Germán Belli y fue la primera persona que me dio a conocer su poesía. Mi impresión inicial fue la de un gongorista limeño, de estos días, de alguna manera popular callejero, que convertía las angustias, las ansiedades, las hambres del día a día, sin excluir sus humillaciones, en materia poética.

Puedo decir que hasta ahora me sorprenden algunos aspectos del Mario Vargas Llosa lector: su curiosidad permanente, su atención constante, su capacidad inagotable de entusiasmo. Descubre escritores a cada rato y nos comunica la alegría, la extensión, la profundidad del descubrimiento. Con lo cual nos contagia, nos obliga a seguirlo. A veces descubre con retraso, o redescubre, algo que uno había leído mucho antes. Un clásico de Thomas Mann, por ejemplo, o *La Divina Comedia*, o la *Fábula de Polifemo y Galatea*. En esos casos, sin proponérselo, nos hace sentir que la anterior lectura nuestra había sido superficial, insuficiente. Nos crea la repentina y hasta obsesiva obligación de releer al Dante, a Góngora, de buscar de nuevo una edición de *La montaña mágica*. Para mí, la búsqueda de una edición de la gran novela en algún idioma accesible fue divertida, estimulante, pero confieso que todavía me espera en el velador, donde el turno podría ser largo. Son, claro está, reacciones de lectores auténticos, inveterados, dominados por el *vice impuni*. Sentiremos siempre que una primera lectura no ha bastado, que algo se nos ha escapado, que hemos pasado por escenas, por situaciones, por desenlaces, sin poner la necesaria atención, que tendremos que pasar de nuevo por ellas. Jorge Luis Borges, al topar con temas herméticos, cabalísticos, se encontró con la tesis de que el universo entero es un libro, y de que ese libro, a lo mejor, es de origen divino. La lectura, en consecuencia, nos lleva por caminos ignotos, por laberintos, por despeñaderos. Descubrir la pasión de los libros, contraer su adicción, es encontrarse con un destino, quizá con *el* destino, un punto fascinante y hasta peligroso de la experiencia personal.

Una lectura que olvido, y que quizá debería recordar, es la de Joseph Conrad. Tradujo en los años setenta, para la editorial de Mario Muchnik, *El agente secreto*, y me parece que Mario conocía de memoria la historia de Winnie Verloc y de su inmutable, esclavizado, peligro-

so marido. Pero el personaje que entusiasmaba a Mario, si no recuerdo mal, era el del profesor anarquista envuelto en un chaleco de dinamita y que envolvía con la mano un botón que habría permitido volar a todo el que se acercara, un precursor de las autobombas del terrorismo actual. Por caminos tortuosos, propios de la literatura, la lectura de Conrad, y en especial la del *Corazón de las tinieblas*, le dio a Vargas Llosa, después de años y décadas, el tema de su novela última. De la novela de un polaco que escribía en inglés, leída por gente como Jorge Luis Borges o Mario Vargas Llosa, podía salir la historia sombría de un celta del siglo pasado.

Lo que ocurría es que Vargas Llosa, desde su ángulo particular, se sentía dueño de la literatura universal. La podía utilizar para sí mismo, con plena libertad, como Borges usaba al obispo Berkeley y a Stevenson, como Julio Cortázar utilizaba a Laurence Sterne. Era una de las condiciones nuevas de la literatura latinoamericana a partir de los años cincuenta. Por eso, en algún momento, Borges dijo que “los europeos, ahora, somos nosotros”. Habría que definir con precisión ese “nosotros” borgeano. ¿Nosotros, los argentinos? Me parece que él no hablaba de los argentinos en general sino de tres o cuatro amigos: Victoria y Silvina Ocampo, Bioy Casares, Pepe Bianco y un corto etcétera. Es decir, el núcleo de lectores sudamericanos de acá y de cualquier otra parte. Conrad, en otras palabras, era nuestro, como el autor de las *Mil y una noches*, como Shakespeare, como el vasto libro del universo, el de los cabalistas y el de las correspondencias de Charles Baudelaire.

Encontrarse con la literatura universal era descubrir la ciudad, conocer el mundo, vislumbrar lo que se encontraba detrás de las cosas. Si esto ocurría en París, la sensación de novedad, de epifanía (en el sentido joyceano del término), de apertura de la mente, era completa. Me acuerdo de algún domingo en el que caminamos desde el Parque del Luxemburgo hasta la Bastilla y más allá de la Bastilla. De una fiesta de Año Nuevo en un pequeño departamento de Montmartre donde había un mono en una jaula que saltaba y chillaba, frente a nuestros cantos y nuestros bailes, con ojos como linternas de color rojo. De un acto en la sala de la *Mutualité* donde Mario, juvenil, serio, compuesto, habló en tonos encendidos, revolucionarios, junto a Jean-Paul Sartre y a Simone de Beauvoir. Era, en esos años, lector apasionado de Sartre. Además, tenía en su departamento una colección completa de las obras de Lenin, pero no me consta que las leyera. Y su entusiasmo por el

Flaubert de *La educación sentimental*, de *Madame Bovary*, de los *Tres cuentos*, lo llevaba ya por caminos que se volverían políticamente incorrectos. Todo me indicaba ya, antes de conocer su primera novela, que era un narrador de la ciudad, de las aglomeraciones humanas, de sus laberintos y sus misterios. Se asombraba de la densidad cultural de París, de la historia encerrada en cada piedra, en cada esquina. Los personajes brotaban a cada paso, en una forma en que la ficción podía confundirse con la realidad. Cuando aporreaba su vieja máquina de escribir tarde en la noche, solía escuchar los escobazos de advertencia que propinaba desde el departamento de abajo la viuda del actor Gérard Phillipe, uno de los grandes ídolos del teatro y del cine de esa época.

En ese pequeño departamento de la rue de Tournon, en la época de Julia Urquidi, la “tía Julia” de una de sus novelas, alojó en un diván una señora enjuta, que llegaba de Cuba y hacía comentarios del régimen cubano con cierta irritación no del todo disimulada. Fuimos a una función del *Galileo* de Bertolt Brecht, en compañía de Pilar y Julia y de la señora enjuta, de evidente nacionalidad rioplatense, llegada de Cuba. En un aparte, Mario me dijo con ojos encandilados, con voz de asombro, que era “la mamá del Che Guevara”. Cualquier otra madre de alto gobernante latinoamericano estaría alojada en el Hotel George V, a un costado de los Campos Elíseos, pero ella... Así eran los tiempos, así eran las cosas. La señora Serna de Guevara siguió viaje a Buenos Aires, fue detenida y sufrió molestias a su ingreso, y poco después falleció. Eran los tiempos en que el Che abandonaba sus tareas de dirigente de la economía de la Isla e iniciaba su periplo de guerrillero en el África. Su madre nunca dijo demasiado, pero demostraba un desencanto, una molestia, que no podíamos definir con exactitud.

Yo solía llegar al departamento de la rue de Tournon, en las cercanías del edificio del Senado y de los jardines del Luxemburgo, cuando Mario ponía fin a su larga jornada de escritura de lo que sería *La casa verde*. Íbamos con frecuencia al Polydor, un bistró barato de la calle Monsieur le Prince, y después buscábamos alguna película. Supe más tarde que uno de los clientes habituales del Polydor había sido el James Joyce de los años del *Ulises* y de su legendaria editora Sylvia Beach. A Mario, por sobre todas las cosas, le gustaban las películas norteamericanas del Oeste. Puedo nombrar a dos de sus favoritas más seguras: *Álamo* y *A la hora señalada*. Le hablé en una ocasión de *Fresas salvajes*, de Ingmar Bergman, o de *8 y medio* de Federico Fellini, que acababan

de salir en esos días, y puso una cara de notorio disgusto. ¿Subjetivismo, sueños inútiles, onirismo desfasado, demonios excesivamente personales, no dotados de la necesaria densidad real, como los de Fiodor Dostoievski? Puede ser. El caso es que su entusiasmo por determinadas escenas del Oeste, por las horas de suspenso que precedían a los tiroteos finales, por las cargas de la caballería piel roja, lo hacía dar gritos en las calles del Barrio Latino de noche. Después partía a la carrera al edificio de la ORTF y nunca dejaba de protestar contra sus miserables “trabajos alimenticios”, que le robaban tiempo y lo colocaban en situaciones que consideraba indecorosas.

El joven Vargas Llosa era aficionado a la pintura y más bien indiferente a la música. Lo invité a una audición en la Ópera Cómica del “Pelleas et Melisande”, de Claude-Achille Debussy, y tuve que despertarlo varias veces para que sus ronquidos no incomodaran a los vecinos. En cambio, hacía frecuentes comentarios de pintura, que ahora no recuerdo con precisión. Al cabo de los años, con un voluntarismo muy suyo, se hizo de una educación musical, así como se autoenseñó la lengua y la literatura inglesas. En esos mismos años hacíamos excursiones literarias dominicales en compañía de la familia. En alguna ocasión me llevó al Hospital de Rouen, donde el doctor Flaubert, el padre del novelista, había ejercido su profesión de cirujano, y al sitio de las afueras (Croisset) donde el autor contemplaba los fanales de los barcos de pesca en el río nocturno y calculaba las horas. En cambio, conseguí arrastrarlo hasta Illiers, señalado en los letreros de los caminos de Normandía como el “Combray de Marcel Proust”, y ahí nos sucedieron aventuras literarias bastante cómicas que he contado en otra parte. El anciano doctor encargado de la casa de la tía Léonie, que había sido amigo del hermano médico de Proust y que empezaba a perder la memoria, había mandado las célebres cortinas bordadas a la tintorería y se habían deshecho. Nunca deben ir a la tintorería, le advirtió, con severidad, a la empleada de la casa, y ésta le respondió: Es que usted, doctor, me ordenó enviarlas. El doctor se dio un golpe en la frente. ¡Ah, dijo, se me olvidó! Una empleada de hoy, menos sumisa, no habría cumplido el encargo, lo cual demuestra que la igualdad social, tan criticada por la burguesía francesa de hoy, la que vota por el Frente Nacional, tiene indudables ventajas. Al final de nuestra visita apareció un señor de aspecto distinguido, de abrigo con vuelta de terciopelo negro, acompañado de una señora enojada, de pelo blanco, y declaró que era el presidente



de la Sociedad de Amigos de Chateaubriand. La obra de Marcel Proust, anunció con algo de ostentación, con no poca insolencia, no le interesaba nada, pero le habían comentado que la sociedad correspondiente funcionaba muy bien, y había decidido viajar a observarla. Miró a los dos jóvenes sudamericanos y a sus familias con cierta sorpresa, y contó que tenía un sobrino en la remota e inverosímil ciudad de Valparaíso. Leí las *Memorias de Ultratumba* muchas décadas más tarde, pero nunca me olvidé del presidente de la Sociedad de Amigos del memorialista. Tenía la vestimenta y la apariencia más perfectas para su cargo, y no se daba cuenta de que el libro monumental de Proust, con sus peripecias de la memoria involuntaria, con su búsqueda del pasado, era un desarrollo superior de las de *Ultratumba*, aparte de un probable homenaje. Pero así de desatentos son los funcionarios de las fundaciones, de las sociedades, de las academias.

En esta etapa, a estas alturas, me gustaría resumir los dos rasgos que siempre me impresionaron más en la personalidad intelectual del joven Mario Vargas Llosa. El primero es su originalidad, su pensamiento independiente, su sorprendente indiferencia frente a las modas, nota que se destacaba con especial fuerza en la capital por antonomasia de las modas estéticas, intelectuales, del pensamiento político. Uno tenía la impresión, al menos, de que Mario no se dejaba influir por nada. Seguía su camino sin mirar para los lados, sin detenerse en manierismos, en malabarismos. Si lo apasionaba un novelista como Gustave Flaubert, lo leía en profundidad y seguía sus lecciones, sus orientaciones fundamentales, sin preocuparse demasiado de estar al día. Recuerdo una conversación suya con Carlos Barral, creo que en el café Deux Magots, en los grandes tiempos de la Editorial Seix Barral de Barcelona. Carlos, siguiendo quizá la moda del estructuralismo y del “nouveau roman”, dijo que la novela era puro lenguaje y nada más que lenguaje. Entendí el sentido en que lo afirmaba el editor y poeta, pero me quedé pensativo, sin una idea suficientemente clara. En otras palabras, dudé y no terminé de llegar a una conclusión segura. Mario, en cambio, guardó silencio durante pocos segundos y en seguida arremetió. No, Carlos, dijo, no estoy en absoluto de acuerdo: la literatura es lenguaje, se hace con palabras, pero también es otra cosa. La idea del lenguaje puro, autónomo, de la construcción de artefactos verbales, había llevado a excesos a lo Robbe-Grillet, desprovistos de desarrollo, de suspenso, de elementos de sorpresa. Cuando se publicó poco después *La ciudad y los perros*,

novela descubierta, premiada y apoyada a fondo por la editorial de Carlos, uno de los elementos nuevos, sorprendentes, originales de la obra era, precisamente, que recurría a la acción novelesca, a la trama, incluso al suspenso. Carlos Barral mencionó alguna vez la relación de ese libro con *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes. La comparación no me convence demasiado. El texto de Mario era de conspiración, de intriga, de ambiciones y traiciones, en el mundo cerrado de una escuela paramilitar. Acabo de saber que el Colegio Leoncio Prado le rindió un homenaje con motivo del Premio Nobel de Literatura. Es el cierre de un ciclo: un gesto, después de todo, de nobleza.

El otro rasgo que me asombró desde el comienzo en el joven Vargas Llosa, como ya lo dije antes, y que me llama la atención hasta ahora, después de un pelo menos que cincuenta años, es su extraordinaria capacidad de lectura. La independencia crítica que mencioné antes se mezcla, se confunde y podríamos decir que se potencia con esta notable condición lectora. He conocido buenos lectores en mi vida, pero tengo la impresión de que Mario se encuentra en la primera fila: en la de Jorge Luis Borges, la de Anthony Burgess (quien me explicó un día que los apellidos Borges y Burgess eran exactamente lo mismo), la de tres o cuatro personas más. Mario ha mantenido su capacidad de entusiasmo con los libros en forma intacta, y esto sólo se puede afirmar de poca gente y de muy pocos escritores. Doy un ejemplo final: Flaubert le permitió escribir muchas de sus novelas, además de *La orgía perpetua*, uno de los libros suyos que más me gustan (aparte de que me trae un intenso recuerdo de nuestra excursión dominical a Croisset), y Joseph Conrad, de fascinante manera, está entreverado, escondido a medias, en las páginas de *El sueño del celta*. Es, en buenas cuentas, una síntesis de la vida de escritor que iniciaba en aquellos años ya remotos: leer y escribir como justificación última de la existencia. □